

El sujeto tridimensional

MARCELINO OCAÑA GARCÍA

El sujeto es como el sueño: un mero intento de aprisionarlo, de fijarlo con la conciencia, hace que se desvanezca. El sujeto no puede ser objetivado, es decir, no puede ser convertido en objeto y querer, al mismo tiempo, que continúe siendo sujeto.

Pero en objeto queda convertido el sujeto, apenas es enfocado por el pensamiento objetivo que, en expresión de Kierkegaard, tiene el poder de la cabeza de Medusa. Por eso, para captar al sujeto, respetando su condición de tal sujeto, sólo puede hacerse desde la subjetividad, es decir, por medio del pensamiento subjetivo.

Y si diluido queda el sujeto no bien es enfocado con la cámara fotográfica de la conciencia objetiva, acartonado y sin vida se nos presenta, cuando se pretende hablar o escribir de él, fijándolo en el cañamazo de términos universalizantes o abstractos.

El sujeto es único, y como tal ha de ser considerado. El sujeto es incompatible con el ser-objeto, y tal regla debe ser respetada. Por eso, si al sujeto sólo se tiene acceso por la subjetividad, de él no puede hablarse, a no ser a través de la «comunicación indirecta».

Esto supuesto, veamos de exponer nuestra concepción del sujeto, que si bien para unos es «unidimensional» —individuo único mostrenco, sin más relieve que el que le da su brazo para defender su posesión—; y para otros «bidimensional»—, pues piensan que no puede el sujeto encerrarse en el caparazón de su yo y prescindir de los otros y de lo otro, sin extorsionar su propia realidad, para nosotros es «tridimensional», pues consideramos que el sujeto individuo humano, el yo de cada cual, no puede darse en la existencia, a no ser en «vivencia», «convivencia» y «trascendencia».

Evidentemente no son tres fases, tres estados por los que pasa el yo —como el agua, en sólida, líquida y gaseosa—, sino que simultáneamente y en esas tres dimensiones, el yo íntegro se está proyectando; y tampoco el yo íntegro, pues el yo, el sujeto, nunca es íntegro, sino que se va integrando en cada momento gracias a la elección constante que realiza la libertad. Como tampoco son tres partes. El yo es macizo, sin fisuras: imposible descuartizarlo, analizarlo, descomponerlo, sin asesinarlo. Cada dimensión no es otra cosa

que la proyección íntegra del yo indivisible que se auto-realiza en la libertad y subjetividad de una vivencia que sin convivencia y trascendencia se estrangula.

1. VIVENCIA

Queremos designar con este término la posibilidad de percibir —bien que no siempre de modo consciente y menos aún de modo reflejo—, la situación concreta y subjetiva de nuestro yo en cada momento determinado, junto con la facilidad de captar cada una de las posibles respuestas alternativas que se le ofrecen, así como a la capacidad de archivar, ya en la conciencia, ya en la subconciencia, de cara a una posterior actuación, tanto los planteamientos y situaciones como las respuestas.

No hace falta tener una determinada edad para ser vivencia. No es preciso reflexionar, pensar, estar despierto. Yo soy vivencia dormido y despierto, embriagado y sobrio, loco y cuerdo, si bien el modo de mi «ser vivencia» como el modo de vivencia de mi ser yo, varía en función de las circunstancias que afecten al yo y dentro de las que tiene que manejarse como auténtico actor, protagonista, sujeto.

Es la vivencia quien objetiviza de algún modo, si es permitido hablar así, la propia libertad, el yo, la vida, captando su yo y su mundo; sus posibilidades y su forzosidad a decidir su propio yo, proyectándolo, realizándolo. El entendimiento —«logos»—, y la comunicabilidad —«diálogo»—, nos impulsan a encasillar de algún modo y a manifestar lo vivenciado. Quien lo oiga o lea debe saber que la vivencia es incomunicable, intransferible; y que la descripción hecha sólo puede invitar y, si cabe, incitar a captar las mismas realidades, o, mejor, similares, desde la propia vivencia, desde la personal subjetividad: esto es lo que expresa una «comunicación indirecta».

Desfondamiento y tensionalidad son las dos realidades que primera y radicalmente se ofrecen en la vivencia del yo, captado suavemente desde la subjetividad. Veamos el sentido de ambos términos.

a) Desfondamiento

«El hecho de que el ser humano carezca de una base naturalmente dada de una vez para siempre, desde la cual comprender y comprenderse, valorar y optar, es lo que denominamos desfondamiento»¹.

No es preciso encontrarse mordisqueado por la duda o la incertidumbre. La mayor certeza, la más completa convicción de estar en posesión de la verdad, ha de dar un margen de error, un mínimo de posibilidades a cualquier otro tipo de convicciones o creencias: ahí está el desfondamiento.

¹ Cencillo, L.: *Meta y base humana*, Madrid, 1973, pg. 145.

Ni al entendimiento ni a la voluntad se le presenta nada tan inconmoviblemente verdadero o bueno que tenga forzosamente que aceptarlo. La prueba está en que hay otros muchos entendimientos y voluntades que no admiten eso, y si otras verdades o bondades diferentes. Nosotros mismos, incluso, de un día para otro, de un momento para otro, rechazamos lo que antes defendíamos como inmutable.

Podríamos pensar que esto es una imperfección insoportable. Sin embargo, gracias a este desfondamiento tiene lugar el avance de la ciencia y la libertad misma, de cara a la configuración del yo:

«Desde este desfondamiento suyo resulta el hombre indefinidamente libre, no sólo para optar, ni siquiera para pensar, sino para determinar los supuestos desde los que optar, pensar y elegir»².

De ser plenamente conscientes de este desfondamiento, se daría un mayor margen de confianza a la conciencia ética personal, sin estructurarla tan impositivamente por la conciencia objetiva —entiéndase la moral, pues la jurídica y civil sí ha de contar con unos moldes externos y objetivos que faciliten la convivencia social—.

Es evidente que estas fisuras por donde puede derramarse la certeza, implica, necesariamente, una posibilidad de equivocarse. Es un riesgo que corre el sujeto a la hora de actuar en base a su libertad. Pero a cambio tiene la satisfacción de ser él mismo, como sujeto y actor insustituible quien toma las decisiones en la configuración de su yo.

Tal vez, una verdad que le venga de fuera sea «más verdad», sea la verdad absoluta, pero, al ajustarse a ella, rompe su mismidad, despersonaliza su «personal personalidad». Más aún, esa verdad podrá imponerse desde fuera, pero en ningún caso conseguirá evitar la realidad del desfondamiento: el hombre que acepte esa verdad, seguirá viendo fugas, continuará convencido de la posibilidad de otras posibilidades, persistirá desfondado. El desfondamiento seguirá siendo vivenciado, porque el desfondamiento es constitutivo de nuestra propia realidad.

b) Tensionalidad

Cuerpo y alma: he aquí el conglomerado hombre que se nos ha ido presentando desde los albores de la filosofía presocrática. Platón acentuó la dicotomía, y el cristianismo —tal vez influido por el maniqueísmo—, enconó la enemistad hasta el punto de considerar el cuerpo y sus apetencias como lo inhumano, ya que el «hombre» como tal se encontraba formalmente en el alma.

De aquí que la ética considerara «bueno» todo lo que «espiritualizaba»,

² Cencillo, L.: «Método y Base Humana»: Madrid, 1973, pg. 149.

es decir, favorecía a su alma, mientras que al cuerpo sólo podía aguantárselo no destruyéndolo —y eso con sus excepciones, ya que hay «santos mártires», que se «suicidaron» arrojándose al fuego o a las fieras—; y la «ascética» tiene su base existencial en su propia finalidad, que no es otra que la de martirizar y esclavizar el cuerpo con toda clase de privaciones, y aun a golpe de látigo.

Esta es la panorámica: dos realidades encontradas en una guerra sin cuartel. Condescender con el cuerpo es malo, atacarlo a muerte es lo perfecto: se es más hombre cuanto más espiritual, es decir, cuanto menos necesidades corporales se tenga.

Frente a esta concepción, ya sin duda desfasada y prácticamente descartada aún del mismo terreno religioso, hoy, sin embargo, más que nunca, se tiene conciencia de la realidad dialéctica o tensional, bien que no dicotómica del hombre.

El hombre es un ser en unidad, sin duda alguna. Cada yo sujeto es una realidad única y totalizante, pero amasada en la dialéctica de fuerzas contrarias que lo mantienen en la existencia. En el punto de intersección de tales binomios opuestos se encuentra la libertad, en cuyas manos está tanto el conformar al yo manteniendo el equilibrio y consiguiendo su personal mis-midad, como el deformarlo, al conseguir inclinar la balanza más a un lado que a otro.

Ya Kierkegaard se encargó de explicarnos cómo el sí mismo puede perderse, tanto por concretarse de modo macizo en la finitud o en la necesidad, como por volatilizarse en la posibilidad o en la infinitud.

A la libertad toca mantener afinada la cuerda de la existencia: que no se encuentre destemplada ni por demasiado tensa ni por demasiado floja; que acierte a dar la nota que le corresponde, tanto dentro del conjunto como en el marco de su individualidad. No tiene fijadas las vibraciones que debe conseguir dar; es la misma libertad, el mismo sujeto en tanto que actor/protagonista insustituible quien debe encontrarlas para hacer sonar la nota que le incumbe, bien que no como algo fijo, de una vez por todas, que ha de conseguir, sino como algo que va variando, como algo que a fuerza de ensayos, a fuerza de «dejar constantemente de ser» lo que se venía siendo para buscar permanentemente «lo que aún no se es», se vaya configurando ese yo inestable y multiforme que por poder serlo todo, como dice Ortega, corre el riesgo de no llegar a ser ni siquiera hombre.

Muchas son las parejas dialécticas que se pueden enumerar; muchos y muy diversos los términos binómicos capaces de designarlas. Nos referiremos a dos como representativos y fundamentales en esa vivencia del sujeto que estamos manifestando.

Dialéctica de ser y quehacer

El hombre es, en cierto modo, un ser, un ser que no parte de cero, que no se identifica con la nada absoluta, sino que cuenta con una base dada, con

un punto de partida, desde donde ha de tender, como actor y protagonista, como artífice y artista, como sujeto, a la constitución utópica de su realidad inacabada.

A la base, en los cimientos, en el punto de partida está algo, con algo cuenta, tiene algún tipo de ser; el problema está en que si no hace algo, si no actúa, ese ser se deshace, se descompone. Claro que el pensar en un sujeto que no actúe, que no haga, es un contrasentido, además de ser imposible, ya que el hombre es inevitablemente sujeto, y, aun el mismo cruzarse de brazos, la misma apariencia de «no actuación» conlleva un dinamismo, una decisión, un hacer y, por supuesto, un hacer autónomo, de auténtico actor —que no de marioneta—, de verdadero protagonista, de inevitable e insustituible sujeto.

El absurdo de cualquier sujeto está en no querer aceptar el ser que tiene, —ya en sí, ya en las circunstancias—, el lamentarse de no tener algo que no le ha sido dado —o que ya se le ha evaporado—: «si yo tuviera tal edad, o tal economía, o tales posibilidades...», o vivir pensando en un futuro que aún no se tiene y que nunca se sabe si llegará: «cuando yo sea...». El sujeto, como el arquitecto, como el artista, debe partir de la realidad, contar con lo que tiene, sin melancolías y sin fantasías, pero con empuje, con estilo, con convicción de que puede, con responsabilidad de que debe poder.

Dialéctica de clausura y apertura

Es claro que el dolor de muelas que estoy padeciendo no puedo traspasarlo a otras muelas; ni es menos cierto que «mi» dolor de muelas intraspasable y, hasta en cierto modo incomunicable —«clausurado» en mí—, necesita transmitirse a los demás, enviar su mensaje de dolor al exterior: será la expresión del rostro, la mano en el mentón, algún «ay» que se me escurra por entre los dientes y ponga en aviso a quien viene a darme los buenos días.

Y es que el hombre es clausura, intimidad, ensimismamiento; pero no sólo eso. El es el sujeto propietario de su propia vida, que nadie sino él puede vivir: pero es al mismo tiempo «apertura», para quien el mundo es tan necesario como él para el mundo; para quien los otros son tan imprescindibles, si de verdad quiere auto-conformarse, como él para los otros.

El hombre es viviente y vivencia, es sujeto único e irrepetible que tiene un hacer concreto —«un hacerse»—, que nadie más puede hacer, que ningún otro sujeto puede asumir. Pero es un ser-en-el-mundo, un ser-para-los-otros junto con ser un ser-para-sí.

El hombre es un ser en soledad, un sujeto irremplazable, pero no un ser solitario. Es individuo y es sociedad. Es un ser reconcentrado, reatraído a la soledad inexcusable de su vivencia, pero al mismo tiempo un ser para el encuentro, un ser dialogal abierto a la convivencia, no menos que a la trascendencia.

Quien pretenda ser sólo apertura, exterioridad, se vaciará de sí mismo,

quedándose sin base para actuar en la configuración de su mismidad. Quien aspire a ser pura clausura se quedará seco como el árbol que quiera recibir el alimento de su propia savia, despreciando las raíces y su conexión con el exterior.

2) CONVIVENCIA

Acabamos de decirlo: el hombre es individuo en soledad, pero no individuo solitario. No puede prescindir de sí, pero tampoco «del otro» ni de «lo otro». El sujeto está en el mundo y el mundo tiene unas coordenadas espacio-temporales de las que no puede escapar. En el mundo hay una serie de cosas —«marañas de asuntos o importancias», como dice Ortega—, con las que no podemos no contar; y otros «yoes» a los que no se les puede ignorar, aunque sólo sea porque zancadillean y delimitan mi actuación como sujeto, mi decisión como libertad.

a) Situacionalidad

El sujeto no se encuentra colgado en el vacío. Las cosas con las que coexiste lo acarician o lo apalean; no todas al mismo tiempo, ni siempre las mismas, ni de la misma manera.

El modo de ser de estas cosas concretas y determinadas que en este preciso instante me acompañan en la existencia y me empujan a hacer algo inaplazable, eso es la situación. Situación que jamás se repite; situación para la que no se nos permite ensayar. Situación siempre cuadrículada por dos coordenadas imperceptibles pero imperiosas, minúsculas —no tanto en la grafía como en la realidad—, pero exigentes, acuciantes, angustiosas: «aquí» y «ahora».

El «aquí» es el que me clava en la soledad para la elección. No hay ningún otro sujeto que se encuentre «aquí». Todos los demás están ahí o allá. El «ahora» es el que nos urge. Imposible que el sujeto esté sin hacer nada. El mismo no hacer se basa en una decisión, en una actuación, bien que nunca deberá dejar al sujeto satisfecho, ya que un sujeto digno de tal nombre es el que toma la iniciativa, no ya para un hacer cualquiera, sino para acertar con el hacer que se exige en cada ahora; ya que el ahora no vuelve, por lo que la acción no admite ensayos, tanteos, borradores. Tanto más cuanto que cada ahora no se encuentra desconectado, sino engarzado con el «antes» del pasado, por el recuerdo y la experiencia, y con el «después» del futuro, al que desde ahora se encuentra vinculado en base al proyecto vital que alienta la elección más adecuada para el yo al que se aspira.

También el aquí es irrepetible. Tan pronto como pasa el ahora, el aquí ya no es el mismo; ni las cosas con las que coexiste, ni sus perspectivas, ni mi yo. Esta urgencia, junto con la responsabilidad de acertar y la inevitabilidad de elegir, hace que pensemos más de una vez en el «fatalismo» que conlleva

la situación, ya que ésta, con frecuencia no ha sido elegida por nosotros. Sin embargo es justo todo lo contrario: gracias a la situación dada, tenemos posibilidad de ejercer como sujetos libres, ya que sin algún tipo de necesidad no es posible ejercer la libertad, sin punto de apoyo fijo no tiene ninguna eficacia a la acción de la palanca. Y, en todo caso, como dice Castilla del Pino en *La Culpa*, «por muy alienadora que sea una situación en que la persona esté, siempre puede hacer su propio proyecto»³.

b) Coexistencia

Muchas son las cosas que componen nuestro mundo; el mundo que nos ha tocado vivir; el mundo que no hemos podido elegir; el mundo que nos ha tocado en todo un lote junto con nuestra vida. Pues bien, de todo este conjunto de seres entre los cuales vivo, soy, existo, actúo, conviene destacar dos cosas:

La primera es que son muy diferentes unos de otros, con lo que mi relación con ellos es también distinta. La segunda es que en ese bosque inconmensurable de seres, hay algunos —muy pocos, y nunca en la integridad de su ser—, que me son presentes. La inmensa mayoría sólo nos son, como mucho, «compresentes», según Ortega. Una simple manzana que tenga en mi mano, por utilizar el mismo ejemplo orteguiano, sólo me ofrece una cara, un aspecto; el resto de la manzana, o lo supongo, o lo recuerdo, pero en este momento no está presente, patente a mi vista.

Estas dos observaciones nos ofrecen los resquicios por donde puede infiltrarse la elección libre del sujeto que decide. Hay seres que «me son» más que otros, son más míos, frente a otros que me son más indiferentes, más lejanos. Por otro lado, mi «aquí» sólo puede captar como evidente alguna que otra cosa, y alguna que otra faceta muy concreta de cada cosa. Nada pues tiene de extraño que lo que para un sujeto es digno de ser elegido o rechazado, otro pueda tomar una decisión opuesta.

Desde esta perspectiva, una vez más se declara el sujeto insustituible e irremplazable en su acción y en sus decisiones; y aceptará siempre con respeto el que haya otros sujetos que no tomen su conducta como norma de actuación.

c) Convivencia/convivenciación

Para resaltar más el matiz de convivencia, que no se puede confundir con el coexistir, pero que tampoco es sinónimo del convivir, es por lo que hemos considerado oportuno rubricar el término «convivencia» con este otro que le hemos adjuntado, no importa si no empleado habitualmente, «convivenciación».

³ Castilla, C.: «La Culpa», pg. 38: Rev. de Occidente.

El diccionario define «convivencia» como la «acción de convivir»; y el «convivir» como «el vivir en compañía de otro u otros». Semejante terminología no nos sirve, ya que, si bien es cierto que se puede convivir con alguien en una cárcel o un cuartel, no por eso se puede convivenciar. El convivir puede hacerse en soledad, puede realizarse en lucha. Sin embargo, el convivenciar no puede imponerse a la fuerza, ni aceptarse a más no poder. La convivencia, tal y como aquí la entendemos, consiste en un entrecruzarse las vivencias de dos sujetos en lo más profundo de su yo, sin coacciones, y en base a una previa elección —«selección» de alguno con preferencia al resto—. Convivencia/convivenciación, que nunca puede darse en plural, en comunidad, sino «de tú a tú», individualmente, no importa si sean varios.

Cuando sólo se convive, aunque sea pacíficamente, libremente, «en amistad», hay un yo y un tú y una relación mutua; cuando se convivencia desaparece el yo y el tú, fusionándose armónicamente en un nosotros; y como dice Ortega, una vez más, «dentro del ámbito de convivencia que abre la relación “nosotros” es donde me aparece el tú o individuo humano único... únicos ambos recíprocamente»⁴. En otras palabras, en esta relación de convivencia es donde se descubre esta dimensión profunda e inevitable en la que el yo toma conciencia de un relieve de horizontalidad básico en su constitutividad, ya que en la convivencia «hago el más estupendo y dramático descubrimiento: me descubro a mí como siendo yo... y nada más que “yo”»⁵.

3) TRASCENDENCIA

«Los hombres, dice Jaspers, jamás somos bastante para nosotros mismos. Dios existe para mí en la medida en que yo “existo” propiamente.»⁶

No sólo la convivencia, sino la trascendencia, ya sea impersonal, ideal o subjetiva, ya personal, trascendente y divina, consideramos que es imprescindible para la constitutividad del yo, en base a su actuación como sujeto. Y, en cualquier caso, independientemente de toda teoría, el hecho humano nos habla tanto desde las fastuosas pirámides egipcias, cuanto desde los diminutos amuletos aztecas.

Y es que, «quieranlo o no los investigadores —como dice Cencillo—, el hombre vive dimensiones mágicas, supersticiosas, animistas, místicas...». Parece como si el intento de liberar al hombre de unas cadenas religiosas, como prelude el materialismo, es ya contar con la realidad, no sólo de las cadenas, sino de la religión que simbolizan. La pretensión de asesinar a Dios, pueda ser señal inequívoca de la influencia de ese Dios, sea cual fuere su realidad.

Tanto en un caso como en otro, no ha tenido éxito el «quitar»; ha sido

⁴ Ortega, J.: «El hombre y la gente», I, pg. 90: El Arquero.

⁵ id. id. id., pg. 153.

⁶ Jaspers, K.: «La Filosofía», pg. 54: FCE (Brev.)

preciso también «poner». El materialismo que con más aceptación ha sido recibido ha sido el dialéctico. Tal vez se deba a que ha tenido la feliz idea de trascendentalizar al hombre en la «clase», en su correspondiente lucha y en el apetecido «paraíso comunista».

El Dios muerto de Nietzsche, igualmente, no ha tenido más remedio que encontrar su resurrección en la trascendentalidad del «super-hombre» y en el eterno retorno. En un caso y en otro, ha habido una sustitución, una trasposición de trascendencia, pero el hombre ha necesitado seguir abierto a ella, so pena de sucumbir.

Admitamos, claro está, las excepciones, o, al menos, aceptemos que no sepamos interpretar las expresiones o las filosofías que se nos ofrecen como antitrascendentales. Incluso la postura tan lógica y consecuentemente atea de Sartre, nos dejó una fisura de trascendencia, según la frase que en su momento nos transmitió Charles Möeller: «Mi ateísmo es provisional. Está vinculado al hecho de que Dios aún no se ha revelado a mí.»⁷

Pero es preciso que nos aclaremos. Puede que estemos dando la impresión de querer referirnos a Dios, al ser Trascendente, al hecho de aceptar o rechazar su existencia. Sin embargo no es éste el tema. Lo que nos ocupa y nos preocupa, lo que pretendemos con estas líneas es poner de relieve la dimensión trascendente del sujeto humano. Tratar de ver si es aceptable —no importa si para ello hayamos de acudir a la «verdad subjetiva» o al «coraje de la fe»—, una actuación que rebasando los límites normales o naturales de su radio de acción, puedan ser cualificadas, paradójicamente, acciones «naturales» del sujeto normal.

No se trata, sin embargo, de entablar ahora una discusión apologética sobre la divinidad de Jesucristo o la autenticidad de la Iglesia. Consideramos que el tema de Jesucristo y el Evangelio es similar al tema de Dios, ya tan debatido: no es la demostración contundente y objetiva, sino la aceptación libre en base a la propia fe y sus riesgos, lo que consigue que nos adhiramos o rechacemos.

Nuestra postura es de adhesión: aceptamos a Jesús y su Mensaje, y es desde esta perspectiva desde donde aseguramos estar convencidos tanto de la eficacia de la Redención, que se nos transmite por la «gracia» —que es, precisamente la que nos abre esa dimensión de la trascendencia—, como de la veracidad de las palabras del Evangelio.

La «gracia» es el «injerto» que nos asocia y emparenta con Dios, elevándonos al rango de ser de su casa y pertenecer a su familia, con todos los derechos y deberes. Ahora bien, la gracia no es ya algo «gratuito», sino que se nos debe en estricta justicia, en virtud de los méritos de Cristo y de la palabra empeñada por la promesa de Dios. Resulta, por tanto, que actualmente la gracia y la correspondiente trascendencia que nos otorga, ya no puede ser considerado algo «sobre-natural», «sobre-añadido», sino que, por

⁷ Möeller, Ch.: «Literatura del siglo XX y Cristianismo», t. II, pg. 153: Gredos.

el contrario, de encontrar algún sujeto que careciese de ella, habría de resultar, necesariamente tarado, disminuido, si no monstruoso.

Todos contamos, pues, con la gracia en nuestra existencia, desde el seno materno. Nuestras acciones como sujetos responsables se encuentran iluminadas por esa dimensión, no importa si haya quien no lo sepa, o incluso quien no lo acepte de modo explícito, verbalmente. Las obras y solamente ellas, hablan en favor o en contra de tal realidad: «Una sola cosa os mando: que os améis...»⁸

Cada sujeto sólo puede contar con un yo, al que debe configurar. Es absurdo pensar que se puede ir conformando un yo auténtico, prescindiendo de cualquiera de sus dimensiones, aunque para muchos parezca muy fácil pensar que relegan o niegan la posibilidad de su trascendencia, de su gracia, de su cristianismo: si el yo no se realiza como cristiano, es que no se realiza como yo; y si se realiza auténticamente como yo, inevitablemente se realiza como cristiano. Sólo deja de ser cristiano el que se autodescalifica como tal, no ya con palabras, sino porque no cumple el Mandamiento Nuevo.

La alternativa del sujeto en su afán de autoconformación de su mismidad integral en esta triple dimensión, es: o ama al hermano, con lo que ya es cristiano —«en esto conocerán que sois mis discípulos»—, o lo asesina, negándole el amor, con lo que él mismo se está excluyendo como cristiano y, por consiguiente, como yo auténtico: «El que odia al hermano es un homicida, y vosotros sabéis que ningún homicida tiene la vida eterna.»⁹

⁸ Jn. 13, 35.

⁹ I Jn. 3,15.